

Juan Infante

¿Quién levantó los olivos? Historia de la especialización olivarera del sur de España (ss. XVIII-XX)

Madrid, Ministerio de Agricultura, Alimentación y Medio Ambiente, 2014, 348 pp.

El libro elaborado por Juan Infante Amate, profesor de la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla, no es una monografía histórica más sobre un cultivo o un sector económico de una región. Bien al contrario. Basado en la tesis docto-

ral que el autor defendió en 2011, es un libro innovador, sugerente y útil, un excelente estudio que, además, vincula el análisis histórico con algunos de los problemas y retos más importantes del presente. Crítico con interpretaciones historiográficas

previas y, también, con diversos ámbitos de la realidad actual, el autor propone una nueva interpretación de la trayectoria del olivar del sur de España entre 1750 y 2000, y, por extensión, de la agricultura andaluza. En esta interpretación, los factores ecológicos ocupan una posición preeminente. Infante Amate polemiza y discute sobre la cronología, los protagonistas y los determinantes de la fuerte expansión que ha experimentado el árbol de Minerva en Andalucía, actualmente la principal región del mundo en cuanto a superficie dedicada al olivar y producción de aceite de oliva.

Las tesis que Infante Amate defiende están bien explicitadas. A riesgo de cierta simplificación, pueden resumirse como sigue. La expansión y especialización olivícola andaluza es, contrariamente a lo que a veces se ha señalado, un fenómeno relativamente reciente. Se inicia en la primera mitad del siglo XIX y recibe un impulso definitivo en el último cuarto del siglo XX. Lejos de estar protagonizada por grandes propietarios agrarios, fueron mayoritariamente los pequeños propietarios quienes levantaron los olivos andaluces, y, al menos hasta las décadas finales del siglo XX, lo hicieron no sólo para comercializar el aceite de oliva que, de ellos podía obtenerse, como propone buena parte de la historiografía. Los campesinos plantaron olivos porque el viejo árbol mediterráneo, bien adaptado a las condiciones ambientales de la región, les ofrecía una amplia variedad de productos, que utilizados como combustible o para la alimentación del ganado, permitían la reproducción familiar sin excesiva inversión de capital. La orientación del olivar hacia la

producción de aceite oliva y la pérdida de su carácter multifuncional sólo se produjo a partir de la década de 1970, coincidiendo con importantes transformaciones tecnológicas y otros cambios que provocaron una fuerte expansión del cultivo del olivo, la cual se produjo, sin embargo, *sobre la base de poner en riesgo la estabilidad ambiental de un cultivo milenario* (p. 318).

Las tesis son claras. El diseño de la investigación también. Desde el punto de vista metodológico, el autor opta por los estudios de caso, en un diálogo continuado entre las evidencias surgidas en zonas concretas y el contexto general. Así, Infante Amate analiza en profundidad la olivicultura de tres municipios andaluces (Castilleja de la Cuesta, localidad situada en el Aljarafe sevillano; Baena, municipio de la campiña cordobesa; y Montefrío, en la sierra granadina) representativos de tres paisajes agrarios bien distintos en cuanto a importancia, manejos, usos y orientación productiva y comercial del olivar.

Por lo que se refiere a las fuentes, la base empírica y documental del libro la constituyen los catastros, los amillaramientos y diversos informes y estadísticas agrarias, además de las abundantes fuentes secundarias existentes sobre el sector. Esta documentación encuentra complemento en el uso de protocolos notariales y también de fuentes orales, recopiladas por el propio autor a través de diversas entrevistas. En base a toda esta información, Infante Amate reconstruye, para el período que va de 1750 a 2000, diversas magnitudes referidas al olivar de Castilleja de la Cuesta, Baena y Montefrío.

Desde el punto de vista formal, el libro está bien editado. Y, en este sentido, presenta pocos problemas, aunque algunos de ellos hubiesen podido mitigarse durante la fase de revisión. Asimismo, se echa en falta que no se citen algunas referencias significativas sobre la producción industrial de Andalucía, en la que los productos del olivar ocupaban un papel muy destacado, y también que no se incluya algún artículo ya clásico sobre el cambio tecnológico en el sector, un tema que es tratado extensamente por el autor.

En relación con la organización de los contenidos, el libro está formado por una introducción y siete capítulos, estructurados de manera cronológica. El primer capítulo del libro es un estado de la cuestión sobre los estudios del olivar en España y Andalucía. Infante Amate ofrece una panorámica general sobre las diversas etapas de la evolución del olivar y, a partir de aquí, realiza un examen crítico de la historiografía del sector.

Los capítulos 2 al 6 se centran en el análisis de la expansión del olivar en Andalucía entre 1750 y 2000. El relato, como se ha indicado, es cronológico y en él se enfatiza la diversidad y la heterogeneidad de los distintos paisajes olivareros andaluces. El lector encontrará en estos cinco capítulos magníficas descripciones sobre la lógica ecológica que guiaba el cultivo del olivo y la obtención y uso de todos sus productos. Según el autor, esta lógica debe interpretarse, hasta el inicio de la revolución verde, en el marco de una economía orgánica y, por tanto, preindustrial, caracterizada por elevados costes de transporte y, en conse-

cuencia, con fuertes limitaciones para desarrollar amplios procesos de especialización productiva, tanto en los usos del suelo como en los aprovechamientos del olivar.

Las economías preindustriales no permanecieron inmutables. Y, evidentemente, la lógica ecológica se insertaba en un contexto económico y social determinado. Así considerado, Infante Amate articula implícitamente un modelo en el que la evolución de la superficie del olivar y los cambios en los cuidados y aprovechamientos del árbol de Minerva dependen de la evolución de la población y la densidad demográfica, los cambios en el marco institucional, las transformaciones tecnológicas en el sector, y la trayectoria de los mercados interiores y exteriores del aceite de oliva. Como consecuencia de la interacción de estos cuatro factores, desde mediados del siglo XVIII se habría producido en Andalucía una ampliación continuada de la superficie dedicada al olivar y una mayor domesticación e intensificación de este cultivo mediterráneo.

Pero estos no eran los únicos aspectos que condicionaban la trayectoria del olivar en el sur peninsular. Según Infante Amate, también lo eran, y de manera muy relevante –y necesaria–, el carácter de aprovechamiento multifuncional que tenía este cultivo, especialmente en el contexto de la economía andaluza anterior a las últimas décadas del siglo XX. Adaptado a las limitaciones de nutrientes de la agricultura mediterránea, este árbol milenario se convertía así en un cultivo básico, del cual se obtenían diversos aprovechamientos, para la reproducción de las economías campesinas, como, por ejemplo, leña para com-

bustible. ¿Eran las aceitunas y el aceite de oliva los principales aprovechamientos del olivar? El autor señala que, a la altura de 1900, y también durante los primeros años del siglo XX, el aceite de oliva aún tenía, en términos energéticos y a pesar de los contrastes locales y comarcales, una presencia menor en comparación a otros productos del olivar.

La gran transformación del sector no llegaría hasta el último cuarto del siglo XX. Durante este período, la multifuncionalidad del olivo se redujo drásticamente y el cultivo se orientó de manera primordial hacia la producción de aceite de oliva comestible para el mercado. En paralelo, el olivar experimentó un intenso proceso de expansión y, sobre todo, intensificación, el cual continuó siendo protagonizado por pequeños y medianos propietarios. En la base de estas transformaciones deben situarse diversos factores, que van desde el aumento del consumo mundial de aceite de oliva hasta la participación de España en la Política Agrícola Común (PAC). El autor los señala. Pero también sugiere que la transformación más importante estuvo vinculada al desarrollo de una economía basada en las energías fósiles y, en el caso del sector agrario, a la incorporación de las tecnologías características de la revolución verde, es decir, la maquinaria agrícola y los fertilizantes sintéticos. Estos factores permitieron superar las limitaciones propias de una agricultura preindustrial y, a su vez, impulsar un proceso de especialización productiva, que, en Andalucía, se centró en el cultivo del olivar y en la producción de aceite de oliva. Es lo que el autor identifica

como la consolidación del *monocultivo industrial del olivar* (p. 266), un cultivo especializado en la obtención de aceite de oliva, poco adaptado ambientalmente al territorio, muy dependiente de *inputs* externos, generador de residuos de difícil gestión y de problemas ambientales vinculados, entre otros, a la contaminación del suelo y el agua.

El último capítulo del libro ofrece una perspectiva de largo plazo. Infante Amate sintetiza sus principales aportaciones e insiste y reflexiona sobre los problemas y las perspectivas de la expansión del nuevo olivar andaluz, la cual se ha producido, según el autor, sobre la base de una menor estabilidad ambiental.

Revisión crítica de la historiografía. Aportaciones originales. Nuevas hipótesis. Una excelente monografía que, sin embargo y, al menos para el que suscribe estas líneas, genera ciertas discrepancias y algunas dudas. Una de ellas se refiere al peso del aceite de oliva en los productos del olivar. Las evidencias aportadas por Infante Amate indican que hasta la segunda mitad del siglo XX el aceite de oliva tuvo una participación relativamente modesta si se consideran todos los usos finales de los productos obtenidos del olivar y si estos usos se expresan en términos energéticos. Aunque cierta, esta afirmación necesitaría de algunas matizaciones. Por ejemplo, la forma como el autor presenta y describe sus estimaciones sobre los usos finales de los productos del olivar tiende a ensombrear el peso del aceite de oliva y el de sus subproductos. ¿Cuál fue por tanto la aportación total de los productos de la almazara, que

pivotaban en torno a la producción de aceite de oliva, a los usos finales del olivar tradicional? Probablemente, mayor de la que las estimaciones presentadas sugieren. ¿Y qué sucedería si en vez de expresar los usos finales de los productos del olivar estos se valorasen en precios? Con casi total seguridad, los productos obtenidos en la almazara, con el aceite de oliva a la cabeza, tendrían una participación mayoritaria.

Otro factor de discusión gira en torno a un elemento central en la argumentación de Infante Amate: el carácter multifuncional del olivo, el cual contribuiría a explicar el proceso de expansión olivarera andaluza. Sin embargo, y como el mismo autor señala, dicha expansión recibió un nuevo impulso a partir de las décadas finales del siglo XX, coincidiendo con la pérdida de multifuncionalidad del cultivo, lo que indicaría que tanto el carácter multifuncional del olivo como su pérdida progresiva podrían conducir a resultados similares en términos de crecimiento de la superficie cultivada.

En cualquier caso, y sin negar los planteamientos del autor, mi opinión es que durante la fase «preindustrial» de la expansión olivarera andaluza los estímulos comerciales y la demanda de aceite de oliva en los mercados interiores y exteriores, ya sea para usos industriales primero y alimenticios después, fueron más relevantes de lo que se sugiere en el texto. Ciertamente, y como señala Infante Amate, *el carácter multifuncional del olivar no explica totalmente su expansión. Las mayores oportunidades mercantiles jugaron un papel capital [...]. Pero en términos productivos y en*

el contexto de una economía preindustrial hubiera sido del todo imposible que el olivar se hubiese expandido como lo hizo de no haber sido por su marcado carácter multifuncional (p. 136). Sin embargo, y con todos los matices y precauciones que se puedan señalar, las oscilaciones y los ritmos de crecimiento de la evolución de la superficie del olivar andaluz guardan muchas similitudes con la trayectoria y las coyunturas de los precios del aceite de oliva, y, por tanto, con la dinámica de los mercados, al menos entre mediados del siglo XIX y la Guerra Civil española (Zambrana, 1987). Probablemente, lo mismo podría decirse para la evolución del olivar en otras regiones de la península Ibérica y también en relación con otros cultivos leñosos, como, por ejemplo, la vid. En otro estudio Juan Infante Amate y Lluís Parcerisas han insistido en señalar que *la historia del olivar y la viña está lejos de ser la historia del vino y el aceite* y que este hecho *ayuda a comprender mejor el auge* de uno y otro cultivo antes de 1936 (Infante Amate & Parcerisas, 2013). Es cierto. Pero esto no significa necesariamente que la multifuncionalidad tuviera un papel central en el auge y expansión peninsular de ambos cultivos, ni en sus ritmos de crecimiento ni, quizás tampoco, en su distinta evolución regional.

Pero estos comentarios críticos no deben desmerecer de ninguna manera el estudio objeto de esta reseña. Juan Infante Amate ha elaborado una monografía excelente. Se trata de un libro de obligada lectura para los interesados en la historia del olivar, la historia económica de Andalucía y la historia agraria peninsular. Le auguro

una más que notable influencia en cada uno de los ámbitos señalados.

REFERENCIAS

INFANTE, J. Y L. PARCERISAS (2013). El carácter de la especialización agraria en el Mediterráneo español: El caso de la viña y el olivar en perspectiva comparada (1850-1935). *XIV Congreso de Historia Agraria (SEHA)*, Badajoz, 7-9 de noviembre.

ZAMBRANA, J.F. (1987). *Crisis y modernización del olivar español, 1870-1930*. Madrid: Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.

Ramon Ramon-Muñoz
orcid.org/0000-0001-5350-1632
Universitat de Barcelona
DOI 10.26882/histagrar.076r11r